

to obispo mas amado de la Iglesia y de todos los católicos. No habia llegado aun la prueba á su último periodo, aunque bien presto la conduxo á él un suceso que cubrió de luto la mitad del imperio. Magnencio germano de origen, que mandaba un ejército por Constante en las Galias, se hizo proclamar emperador en Autun por sus soldados que le profesaban grande afecto. Constante que no estaba preparado para defenderse contra un rebelde sostenido por algunas de las fuerzas del estado, se puso en fuga por el lado de España. Hizo Magnencio que le persiguiesen; le alcanzaron en los pirineos, y le mataron segun la orden que habia dado el tirano. Su zelo por la fe de Nicea, la proteccion que concedia á los que sufrían por este motivo, y su piedad digna de un hijo del gran Constantino, han sido causa de que los christianos llorasen su pérdida, y le han merecido elogios que no han podido destruir ni las calumnias paganas ni las sátiras de los arrianos.

Luego que Constancio supo la muerte de su hermano, se dispuso á vengarle. La revolucion que se preparaba en el Occidente pedia que se previniese con vigor y celeridad, porque no era solo Magnencio el que habia tomado el título de emperador armándose para conservarlo, sino que Vetracion habia hecho lo mismo en Sirmich en Pannonia; y Nepociano, sobrino del gran Constantino por Eutropia su madre, habia tomado la púrpura tambien en Italia apoderándose de Roma. Bien presto se desembarazó Constancio de estos dos contrarios. El primero abandonado de sus soldados se sometió y volvió á entrar en el estado de mero particular en que tuvo la prudencia de permanecer gozando en paz de las rentas que su señor le habia asignado por precio de su sumision: el segundo fué muerto por las gentes de Magnencio. El emperador convirtió todos sus esfuerzos contra este, que pedia la paz y proponia una alianza doble con la sangre de Constantino para asegurar sobre el trono, y mudar en derecho legítimo su usurpacion. Le derrotó dos veces en orden de batalla, y le persiguió con tanta actividad que le reduxo á quitarse la vida á sí mismo, por no sobrevivir á su mala fortuna, y no caer en manos del vencedor. Fueron tambien aplacados los disturbios excitados por la rebelion de Sapor sobre las fronteras de la Persia, en donde aunque sitió, no pudo tomar á Nisibe, y por las violencias del César Galo; con lo que triunfando Constancio de todos

sus enemigos, se vió finalmente único y pacífico poseedor de todo el imperio.

Atribuía sus victorias á la proteccion del cielo que se las habia procurado á su zelo por lo que él llamaba verdad; y esta persuasion junta á su propension natural le hizo tomar la resolucion de poner en uso qualquier medio para vencer la resistencia de los que miraba como enemigos de la fe, y que verdaderamente eran contrarios á la suya. Sus primeros y mas fuertes golpes cayeron sobre Atanasio. Este santo obispo se vió nuevamente echado de su silla, perseguido como un sedicioso y enredador, errante por las soledades, obligado á mudar de asilo muchas veces, y sin hallar al fin otro seguro por sus dias que el sepulcro de su padre.

Los obispos del partido Arriano auxiliaban el falso zelo del emperador con toda la violencia y audacia que el espíritu de secta puede inspirar, quando se desata en libertad. Las deposiciones, los anatemas, las vias de hecho para apoderarse de las sillas de que despojaban á los obispos católicos nada les costó; y el poder imperial que obraba siempre de acuerdo con ellos, decretaba los destierros, las confiscaciones y demas penas afflictivas, segun deseaban. Sin embargo, á pesar del terror que por todas partes sembraban, no subyugaban sino á los espiritus débiles, y á cada paso encontraban nuevos obstáculos en la firmeza de los principales pastores y en la veneracion que los pueblos profesaban á estos santos personajes, cuya virtud adquiria mas esplendor con la persecucion y el sufrimiento.

Los mismos obispos arrianos conocian que las empresas violentas y los golpes de autoridad solo servian de hacerlos odiosos, y que si parecia que extendian su dominacion, los medios á que debian este aparente triunfo, se convertirian contra ellos en llegando á mudar las circunstancias. Pensaron pues en poner de su parte las formalidades canónicas, y en cubrir la opresion con el aparato de los juicios eclesiásticos. Con este fin juntaron muchos concilios y formaron muchas fórmulas; pero no podian convenir en una profesion de fe que á un mismo tiempo satisficiera á los católicos ilustrados, y á las diferentes clases de arrianos que se habian formado en medio de ellos. No teniendo nada fixo el error desde el momento que se ha apartado de los verdaderos y únicos principios, debe precisamente ser arrastrado á innu-

merables variaciones. Con el designio de terminarlas y de consumir el plan de seducción que se habia propuesto, los eusebianos que conservaban siempre este nombre ménos odioso que el de arrianos, aunque Eusebio de Nicomedia de quien lo habian tomado, hubiese muerto como tambien Eusebio de Cesarea; resolvieron adoptar unánimemente la pretendida fórmula de fe recopilada en Smirch el dia 22 de Mayo del año 359, y hacer que se admitiese en toda la Iglesia.

Constancio á quien no podia dexar de agradar este proyecto, convocó para darle la ultima mano dos concilios que se juntaron á un mismo tiempo, el uno de obispos de Oriente en Seleucia en Isauria, y el otro de prelados del Occidente en Rimini en Italia. El de Occidente que fué el primero que se congregó, comenzó del modo mas favorable para la Iglesia; pues confirmó el símbolo de Nicea, desechó qualquiera otra fórmula posterior, y depuso á los gefes del partido arriano. Pero despues hallaron los arrianos medio de conseguir sus fines, haciendo obrar al emperador, cuyas órdenes se dirigian siempre al objeto que se habia propuesto, y engañando á los obispos con todo lo que era mas á propósito para imponerles. Se les persuadió que la palabra *substantia* era la piedra del escándalo que todo lo entredaba ya habia tanto tiempo; que fuera de esta expresion, no habia mas que un mismo modo de pensar en la Iglesia, y que sería obstinacion y aun crueldad no querer sacrificar una palabra por el restablecimiento de la paz y unidad. Estos discursos engañosos reanimaban el zelo, y hacian mirar como el mayor bien la reunion de los ánimos que se deseaba. Por otra parte quedaba la fe á cubierto con los anatemas extendidos con mucho arte, en los cuales parecia que se proscribia todo lo que era contrario al verdadero dogma y favorable al error. De este modo creyendo los obispos resguardada la fe católica con las declaraciones que habian exigido, y sabiendo por otro lado que el emperador habia dado órden para no dexarles partir ántes de terminarse este gran negocio, subscribieron á la fórmula que se les presentó.

Las mismas resultas tuvo poco mas ó ménos el concilio de Oriente. Acacio que habia sucedido á Eusebio en la silla episcopal de Cesarea, á la frente de los anomeos, empleó todas las falacias de un sofista y todas las astucias de una cabeza de partido. Sus maniobras y la presencia del oficial que el emperador habia enviado para servir de modera-

dor del congreso, impidieron que se concluyese cosa alguna. La division en que rompieron entre sí los puros arrianos y los semi-arrianos, y la ligereza de Constancio que unas veces favorecia á estos, otras á aquellos, no permitieron que los ciento y sesenta obispos, ó cerca, que componian el concilio, pudiesen convenir en un mismo modo de explicar el dogma. Esta misma division fué contraria á las miras de Constancio, que manifestó su descontento, y pareció resfriarse respecto de los acacianos; mas estos dirigidos por el eunucó Eusebio que tenia absoluto poder sobre el espíritu de su amo, repararon su falta para volver á entrar en favor adoptando al año siguiente la fórmula suscrita en Rimini en un concilio que celebraron en Constantinopla despues de la dedicacion de la famosa iglesia de santa Sofia.

Por este medio se creyó restablecida la uniformidad y restituida la paz á la Iglesia, pero los obispos católicos que solo habian firmado la fórmula de Rimini por condescendencia y caridad, persuadidos por otra parte por las mas formales protestas de que el sentido estaba conforme con las palabras, viendo que se valian de lo hecho para destruir la fe de Nicea, no tardaron en manifestar sus verdaderas opiniones. El triunfo de los arrianos les abrió los ojos sobre la sorpresa que se habia hecho á su buena fe. San Hilario que habia sido testigo de todo lo que habia pasado en Oriente, y que durante su destierro en Frigia habia aprendido á conocer á los arrianos y sus artificios, nada tomó con mas intension despues de su regreso á las Galias, que desengañar al Occidente, y hacer que se restituyese á la verdad todo su esplendor. El medio mas breve y mas eficaz era restablecer la autoridad del símbolo Niceno, y condenar todo lo que le era contrario; y así se hizo en muchos concilios, entre otros en el de Paris del año 362, en que la palabra griega *ὁμοιούσιος* se explicó en el buen sentido que podia recibir, á fin de mostrar que los obispos católicos jamas le habian dado otro.

La muerte de Constancio que sucedió en el mes de Noviembre del año 361, mudó el semblante de los negocios en la Iglesia y en el estado. Este príncipe que era imperioso y duro por debilidad, perdió la vida en el momento que el imperio Juliano á quien habia hecho César, porque se habia librado de la general matanza de su familia, sacrificado á la ambicion y á la venganza despues de la muerte de

Constantino el grande, fué proclamado Augusto en París por el ejército de las Galias, al tener noticia de que Constancio le volvía á llamar al Oriente baxo el pretexto de emplearle contra los persas, pero en realidad para hacerle perecer. Por marchar contra Juliano abandonó Constancio su expedicion de Persia, la que la retirada del enemigo hacia ménos urgente; pero fué detenido en Cilicia al pie del monte Tauro, en donde acabó sus dias. Este príncipe tuvo pocos vicios y muchos defectos: el mayor de todos fué su gusto por las disputas teológicas. El deseo que tuvo de dominar sobre la fe, de ser el árbitro absoluto de los concilios, y de juzgar por sí solo de las fórmulas doctrinales que se debían admitir ó desechar, introduxo los disturbios y la confusion en la Iglesia. Los arrianos que lisonjearon su inclinacion afectando deferir á sus luces y someter la enseñanza á sus caprichos, hicieron de él, sin que lo percibiese, el instrumento de sus pasiones: baxeza vil para un soberano. En quanto á lo demas, fué gran guerrero como su padre, mantuvo el esplendor del imperio con su valor y actividad; sus empresas militares fueron bien conducidas y siempre felices; en fin hubiera sido digno de mandar el mundo, si se hubiese ocupado ménos en materias que no eran de su jurisdiccion, y si hubiese dado ménos crédito á los eunucos y á los lisonjeros de que estaba rodeado.

ARTICULO VI.

Estado de la Iglesia baxo los reynados de Juliano y de Joviano.

Tenia Juliano treinta años quando por muerte de Constancio quedó único y pacífico poseedor del imperio. Su educacion habia sido christiana, y se habia formado su juventud en las ciencias por los mejores maestros que habia entonces. Un entendimiento vivo y penetrante, la aplicacion al estudio y una insaciable curiosidad, que le impelia á querer conocerlo y profundizarlo todo, y que tal vez fué en lo sucesivo el principio de sus extravíos, le hicieron recorrer luego todos los objetos en que se ocupaba á los jóvenes de su clase y edad. Su natural propension le arrastraba hácia la filosofía, que en aquel tiempo estaba unida á la religion de los genios, ó mágica teúrgica, de la qual ha-

cian su principal estudio los hombres mas distinguidos por su saber. Juliano se entregó enteramente á ellas, profundizó sus misterios, adoptó sus prácticas, sobre todo despues de haber abjurado públicamente el christianismo. Ya habia declarado su inclinacion á la idolatría ántes de haber tomado la púrpura, pero su mudanza no se manifestó de un modo que hiciese temer la renovacion de las persecuciones, hasta despues de haber llegado á la dignidad suprema. Entonces hizo ver todo el odio que habia concebido á la religion de Jesu-christo, y todo el ardor de su zelo por el culto de los falsos dioses. El restablecimiento del paganismo y la total extincion del nombre christiano eran los dos objetos con los quales se proponia ilustrar su reynado. Empleó su autoridad, sus tesoros y su talento; y para que le ayudasen en la execucion de un designio en que ponía su gloria, llamó cerca de sí á todos los filósofos que juzgó mas capaces de coadyuvarle; de cuyo número fueron Libanio, Máximo de Tiro y Oribazes, que gozaban de la mas alta reputacion, con otros muchos de nombre ménos célebre. Concertó con ellos el plan de conducta que queria tener, y el sistema de religion filosófica que convenia substituir á la grosera idolatría del pueblo. Se revistió inmediatamente del soberano pontificado, que desde César habia estado unido siempre á la dignidad imperial, aunque los emperadores christianos habian dexado de tomar ese título. Hizo volver á abrir y reparar los templos, restableció los sacrificios, las fiestas y las ceremonias paganas, descendió hasta la menor menudencia de todo lo concerniente al servicio de los ídolos; y en medio de los muchos cuidados que trae consigo el gobierno del mundo, halló momentos para señalar á los pontífices las reglas de conducta que debían seguir, y para hacerles exhortaciones llenas de una eloquencia digna de mejor causa.

Juliano, aunque abria los templos y restituía al culto pagano su antiguo lustre, no encendió de nuevo el fuego de la persecucion, como se habia temido; porque conocia muy bien el espíritu que anima á los verdaderos christianos, y la experiencia de tres siglos habia enseñado al universo que el medio de hacer fecundo el campo de la Iglesia, era regarle, como se habia hecho, con la sangre de sus hijos. Pero inventó un género de ataque mas peligroso, porque era mas oculto; y fué restituir la libertad á todas